

Lujuria

Requin



## Capítulo 1

### LUJURIA

“... Dicen que no logras masturbarte pensando en alguien que te gusta. Otros dicen que sus mejores orgasmos fueron causados con gran ayuda de la imagen mental de su interés romántico...”

Así iniciaba la charla. Hoy, masturbación.

Cuando comencé mi carrera como periodista, me veía entrevistando a importantes colaboradores de la humanidad, no asistiendo a una charla de masturbación dictada por esta mujer que pese a ese aspecto sencillo tiene una horda de seguidores. Era lo que llamaría una colaboradora encubierta a quien no podía esperar para entrevistar.

Hace un par de semanas nuestro jefe pidió un voluntario para entrevistar a la oradora y publicar una columna en la revista sobre su trabajo, la que llevaría por nombre “Sexualidad”, un nombre de una sola palabra, en homenaje a sus trabajos, lo que siempre se titulaban en una única, pero significativa palabra.

Esta oradora logró muchos adeptos a través de Internet; ya era bastante conocida, por lo que me sorprendió que ninguno de mis colegas —sobre todo los más experimentados quienes, según ellos, tenían olfato para las grandes noticias— ofreciera sus destrezas para entrevistar a esta experta.

Ante aquel largo silencio, nuestro jefe comenzó a caer en una vorágine de frustración y rabia, lo que sucedía con frecuencia y cuya señal de alerta era que se soltaba el nudo de la corbata.

—¿En serio? ¿Nadie? —preguntó casi en un susurro, con el rostro rojo de ira— No sabía que había contratado a una tropa de reprimidos, porque es evidente que les incomoda el área de desempeño de la experta— bramó.

—Jefe, no se trata de eso. En mi opinión, el área de estudio de esta “señorita” —haciendo comillas con los dedos— no se adapta al perfil de nuestra revista. Recuerde que tenemos un enfoque deportivo— dijo con desdén uno de mis colegas.

—¡Cierto!, ¡tonto de mí!, olvidé enviarte el memorándum —comentó sarcásticamente nuestro jefe dándose un exagerado golpe en la frente con la palma de la mano— un memorándum con el contenido de nuestra última reunión, en la que estabas tan ocupado con tu porquería de teléfono celular pagado en cuotas para nutrir tu superficialidad, que no escuchaste la parte de REESTRUCTURACIÓN, que consiste en agregar nuevas secciones para atraer a otro tipo de público, ya que tu amado teléfono no te informó, supongo, que nuestros números están cayendo y que lo único que podíamos hacer para no prescindir de sus iluminadas mentes era dar otro enfoque a la revista. Ahora, vamos a trabajar y van a escribir sobre lo que se les pida hasta levantar los números, y si cualquier tema les parece demasiado insólito, débil, ridículo, poca cosa o hecho por una “señorita” —exclamó nuestro jefe haciendo sus propias comillas en el aire— pueden dejar sus renuncias en mi escritorio ¿entendido?, ahora iniciará la presentación sobre nuestra próxima entrevistada— cerró.

Se hizo un gran silencio; en la sala de reuniones reinaba una atmósfera de ofensa y odio. En ese momento, sentí enormes deseos de reír por lo nervioso que estaba, lo que solucioné pellizcando mi pierna, lo que en vez de dolerme me hizo... ¿cosquillas?

Nunca había visto al jefe tan molesto, pero no cambiaría un solo segundo de lo que viví ese día. Las caras de mis colegas cuando el jefe proyectó una de las charlas de la experta. Se llamaba "Amantes", nos mostró diez segundos en los que ella preguntaba retóricamente al público "¿A quién follan cuando hacen el amor con sus parejas?".

Estaban sumamente incómodos, por lo que decidieron proyectar desprecio hacia la responsable de esa incomodidad, no tomándola en serio.

— Yo puedo hacerlo si no hay inconvenientes— dije, ya que al ver a esta mujer en pantalla con esa presencia y esa confianza, lo que contrastaba con su atuendo de traje gris y gafas ópticas, sentí muchos deseos de conocerla, además, me sería insoportable escribir sobre la nueva adquisición automotriz de la actual estrella de fútbol en ascenso.

— ¿Alguien se opone? —preguntó el jefe visiblemente relajado. Al ver que nadie respondió, agregó— Espero que sus manos sean más rápidas que sus lenguas, ya que no hay dinero para mantener divas aquí. John —dijo dirigiéndose a mí— la entrevista quedó concertada para dentro de dos semanas. Usa todo el día con ella, ya que somos la primera revista en pedirle una exclusiva y aceptó. Interiorízate en su trabajo y asiste a la charla sobre masturbación que dará el día anterior a la entrevista. Se termina la reunión, pueden volver a sus escritorios—.

La señorita Ángela Montero, nuestra entrevistada, me solicitó que nos reuniéramos en una cafetería que a ella le gustaba porque quería lograr un ambiente más íntimo y menos formal que en una oficina. Cuando llegué, el garzón me preguntó mi nombre y me guio hacia una sección privada ubicada al fondo del local. Ella ya me esperaba, dejó la puerta abierta. Bebía un café cortado mientras observaba a la pareja sentada en una mesa cercana, quienes a mi parecer, se veían bastante felices. Ella los observaba con los ojos entrecerrados y con su cuerpo apuntando a otra dirección para que no fuera tan obvio que los miraba. Al dar otro sorbo a su café me vio llegar. Como si me conociera desde siempre, me sonrió y mientras me sentaba me descolocó preguntándome si había desayunado. Como no lo había hecho, me dijo que pidiera algo de comida.

— Si quieres, puedes comenzar con las preguntas y grabar mientras comemos, si no te molesta oír gente comiendo por su puesto —me dijo mientras levantaba la mano para llamar al garzón.

— Me parece un poco extraño, pero me agrada la idea, mi nombre es John, encantado

— Me gusta tu franqueza, esta entrevista será interesante, soy Ángela, mucho gusto —dijo mientras daba otro vistazo a la pareja de al lado, que ya había pedido la cuenta. Estuve a punto de decirle algo, pero, previendo que iba a interrumpirla, se llevó el dedo índice a los labios para hacerme callar. La pareja se fue, ella giró su cuerpo completamente hacia mí y mirándome directo a los ojos me dijo:

— Comencemos cuando llegue nuestro desayuno

Mientras esperábamos, saqué un apunte en papel en el que llevaba mis preguntas. Fue difícil seleccionar solo algunas porque no estaba familiarizado con su área de investigación. Puse mi grabadora sobre la mesa, saqué un lápiz y sin preguntarle si le molestaba esta falta de modales, lo puse sobre mi oreja, ya que tenía el hábito de ponerlos ahí. Llegó nuestro desayuno, posé el dedo en el botón grabar, la miré y asintió brevemente. Presioné el botón del círculo rojo. No tuve necesidad de leer la primera pregunta porque estaba fresca en mi memoria.

—Damos inicio a la entrevista con la Señorita Ángela Montero, guía interpersonal. Señorita Montero...—.

— Ángela —pidió—.

— Ángela, ¿de qué se trata su trabajo?

— En pocas palabras, se trata de que la gente acepte lo que quiere y desea; y si es posible, lo consiga. Con una única condición: no lastimar a otros—.

Cuando terminó de decir esto, se llevó un trozo de tarta a la boca, dando por terminada la primera respuesta y brindándome espacio para continuar con mis preguntas. No pude seguir mi pauta porque sentí una imperiosa necesidad de profundizar en su primera respuesta.

— ¿A qué se refiere con que la gente acepte lo que quiere y que lo consiga solo si cumple con la condición? —pregunté ansioso—.

— ¿Te ha sucedido alguna vez que quieres lo que otro tiene? No hablo de imitar o copiar, hablo de que quieres específicamente lo que el otro tiene. Y no son cosas materiales—.

— Algo como la envidia —interrumpí.

— No exactamente, solamente se parece. No quieres ser el otro ni quitarle cosas, pero deseas sus sensaciones, por ejemplo, cuando te gusta la novia de otro tipo y quieres saber lo que se siente besarla. Inmediatamente, bloqueas la idea —hipotéticamente hablando— porque consideras que no es moralmente aceptable o porque crees que no tienes oportunidad. En ese caso, únicamente puedes cumplir con la primera parte del enunciado que es aceptar lo que quieres —que es besar a la novia de otro tipo—, pero no cumples con la segunda parte del mismo porque causarías daño en esa relación— explicó Ángela.

— ¿Y en qué caso hipotético se podrían cumplir los dos aspectos del enunciado? —consulté.

— Por ejemplo, si quisieras que tu actual pareja sexual vista un disfraz para su siguiente encuentro—.

— Eso no es tan difícil —repliqué

— ¿De verdad?, hagamos un ejercicio, piensa en una idea “retorcida” que frecuente tu mente y que no has querido llevar a cabo, ¿me la dirías ahora?—.

En ese momento se vino a mi mente esa imagen. La imagen secreta que me atormentaba desear cumplir. Esa imagen que movía mis entrañas, pero que no me atrevía ni siquiera a nombrar. Palidecí ante esta situación. Ángela tenía razón, no quería que me descubriera. No pude responderle, pero me estaba mirando como si tuviera todos mis pensamientos escritos en la cara; luego dijo:

— Retorcido es un concepto que uso regularmente debido a que la mayoría de la gente encasilla ahí, las cosas que cree no son socialmente aceptables. Para nuestro ejercicio y mi trabajo, "retorcido" nunca significó algo malo o censurable, por lo tanto, te puedes calmar —me explicó.

— Lo siento —dije apoyando el dedo sobre mis labios tan como había hecho ella y luego apunté a la grabadora— justamente pensaba que la palabra retorcido muchas veces es utilizada como un insulto o una palabra de connotación negativa. Agradezco su aclaración. Pasaré a la siguiente pregunta —le informé.— ¿Cuál es formación académica?

— Tengo una maestría en el área de la Ingeniería Comercial —comentó

— Perdona, ¿pero tiene usted estudios formales en psicología?

— No

— Y trata a personas...

— No

— Ángela, usted lo hace —dije mostrando mi molestia ante esta falta de ética—.

— Y usted está comportándose como un ignorante —me respondió evidentemente molesta—.

— A usted le han pedido que participe en charlas masivas y le han pagado por ello —acusé—.

— Voy a explicarle algo que no se tomó la molestia de investigar. Mis charlas son gratuitas, se pagan mediante donaciones o auspiciadores. Nunca me he presentado como doctora o psicóloga, siempre he sido la Señorita Montero. Jamás me he presentado como especialista en el área, por el contrario, siempre informo a mis oyentes que hablo desde mi experiencia y mis observaciones. Lo que yo planteo son opiniones, no hechos. Y si quiere saber un poco más, le informo que obtengo mi dinero a través de visitas a un canal de vídeos en Internet al que pertenezco, por lo tanto, ¿en qué momento cometí fraude o faltas a la ética? —dijo mientras dejaba su plato a un lado para que lo retiraran. Apenas comió y estaba muy molesta—.

— Por favor discúlpeme. malinterpreté la situación y puse en duda su trabajo. Realmente lo siento—.

— La fama no es un crimen John, por favor no te comportes como un idiota —aprovechó de insultarme—, de lo contrario, no podremos seguir conociéndonos —dijo amenazante—.

— Lo siento, en serio—.

— Fallaste en tu trabajo, mejor dicho, me menospreciaste al nivel de no investigar sobre mí antes de conocerme. ¿A tu jefe le gustaría saber que rechacé la entrevista porque me faltaste el respeto?

No pude responderle, preferí no volver a disculparme porque pude observar que las disculpas le molestan. Antes de poder controlar mi también afilada lengua pregunté:

— ¿Por qué odia las disculpas?—.

Me miró fijamente, sonrió, y sin dejar de mirarme acercó la taza a sus labios y dio un sorbo a su café mientras entrecerraba los ojos. Dejó su taza, apoyó su mano en el mentón y me explicó.

— Porque las disculpas enfatizan los errores. Es bueno que esto haya

sucedido. Me refiero a esta pequeña discusión. ¿sabes cuál es mi noción de la diferencia entre una disculpa y el perdón? —me dijo entusiasmada nuevamente—.

— Empiezo a comprender. A modo de ejemplo, aunque siga disculpándome toda la tarde, usted no aceptará lo que le estoy diciendo debido a que, pedir disculpas se reduce a modales sociales. En cambio, el pedir perdón implica el sentimiento del arrepentimiento y es más sincero. A menos, por su puesto que nuestro interlocutor lo use como muletilla —le dije—.

— Eres inteligente John, ¿cuál es tu siguiente pregunta? ¡Ah! Y te sugiero que preguntes con base en tu instinto. Puedes encontrar lo que quiere tu jefe en cualquier lugar si buscas un poco— dijo mientras reanudaba su desayuno—.

Aproveché de comer un poco también, necesitaba aclarar mis ideas. Esta entrevista estaba volviéndose extrañamente intensa e íntima.

— ¿Por qué miraba con tanta atención a la pareja que estaba en la mesa al lado?

— Porque se odian —dijo con naturalidad.

— Se veían muy amenos, ¿cómo concluyó eso?

— No se tocan y no se ríen. No coquetearon ni se sentaron uno junto al otro, no compartieron comida ni se miraron a los ojos. Ni siquiera se preocupaban de si el otro estaba bien o necesitaba algo. Ambos tienen amantes, ambos los saben, pero a la vez, es mucho más cómodo para ambos seguir compartiendo una vida que separarla y cada uno con su parte. Tienen dos hijos y no quieren iniciar un proceso legal para implementar un régimen de visitas. Tienen deudas que nos les permiten tener una segunda casa o mantener la actual con solo un sueldo.

Duermen separados— dijo con tristeza.

— Me temo Ángela que es rutina. Es típico cuando llevas mucho tiempo compartiendo tu vida con la misma persona —le comenté—.

— Eso piensa la mayoría de las personas. Solamente hay que cambiar el enfoque. Las relaciones evolucionan, lo que no evoluciona es la visión que tenemos de las mismas y eso es lo que finalmente nos colapsa. “La familiaridad lleva al desdén” leí alguna vez. No hay mejor forma de describir la falta de fuego que aflora en una relación cuando la expectativa o los recuerdos no coinciden con la realidad. Lo único que hay que hacer es abrir los ojos, aceptar la realidad y encender esa relación nuevamente. Veo con dolor que la gente abre los ojos cuando es demasiado tarde. Cuando la relación ha muerto y uno de los dos ya no quiere siquiera ver al otro. Por eso hago lo que hago. He visto este patrón repetirse miles de veces. Tantas, que aprendí a reconocerlo —.

— ¿Cómo encendería nuevamente esa llama?

— Con prácticas sexuales nuevas para la pareja

— ¿Como cuáles?

— Depende de los gustos y hábitos de la pareja, pero habitualmente sirve mucho la estimulación visual mediante uso de ciertos tipos de ropa y a la vez estimulación táctil mediante texturas de algunos materiales tales como cuero, látex, encaje, seda. Y privación de uno o dos sentidos para

comenzar.

— Perdona la franqueza, pero finalmente se trata de ponerse un traje de látex y cubrir los ojos de la pareja. Romper la rutina —sentenció—.

— Se trata de nuevos conocimientos y confianza. ¿Alguna vez ha vivido una experiencia como esa?

— La verdad es que no

— ¿Por qué?

— No lo he necesitado

— ¿Nunca ha sentido curiosidad?

— Ahora sí

— ¿Tiene a alguien de su confianza quien pueda ayudarlo a vivir una experiencia nueva?

— No

— ¿Confías en mí John?

— Quiero confiar

Se movió rápido, no entendí lo que quería hacer hasta que lo hizo. Apagó la grabadora y me dio una bofetada tan fuerte que giró mi rostro. Volví mi rostro hacia ella, comenzando a sentir la rabia que esto provoca y mientras me miraba a los ojos me dio una orden.

— ¡Tranquilo!

— ¿Qué? —dije entre dientes.

— Cierra los ojos, relájate, respira lento—.

Obedecí y de cierto modo disminuyó la molestia que estaba sintiendo por haber sido abofeteado en público. Sentí que se sentó junto a mí, tomó una de mis manos mientras susurró en mi oído "mantén los ojos cerrados".

Comenzó a pasar una de las yemas de sus dedos por la palma de mi mano.

— Siente ese agradable calor en tu mejilla. Siente la forma de mis dedos en tu cara y luego en tu mano, siente ese calor y deslízalo a tu ingle.

Proyecta las cosquillas de tu mano hacia detrás de tus rodillas, siente cómo sube, sube y sube - siguió susurrando.

Luego continuó deslizando su dedo por mi mano. Lo mojó con algo, café, saliva, agua, no me importaba. Quería que siguiera haciéndolo. Oí a lo lejos una puerta que se cerraba suavemente. Me sentí seguro con ese sonido, sentí privacidad. Me estaba relajando cuando me dio otra cachetada en el mismo lugar. Esta vez no fue dolor lo que sentí, fue ansiedad, excitación, expectativa. Tenía una erección enorme y me sentí agradecido de haber puesto mi chaqueta en mi regazo. Sentía la humedad en mi ropa. De pronto me secó la mano, me soltó y volvió a su asiento.

— Abre los ojos —ordenó.

Me sentía acalorado, exaltado, quería arrojarme a los pies de esta mujer y que me pateara. Quería tener sexo con ella. Quitarle las gafas, despeinarla y descubrir el secreto que escondía bajo ese traje gris.

— ¿Cómo te sientes? Sé honesto por favor y trata de decírmelo en menos de cinco palabras —.

— Frustrado. Quiero acostarme contigo —dije sin pensar—.

Soltó una carcajada que llenó la habitación en la que estábamos. Mientras se reía, tomó tiernamente la mano que tenía sobre la mesa y con eso

acabó con mi humillación. Sabía lo que hacía. Sabía calmar a las personas mientras conocía sus más profundos secretos, mientras creaba nuevos.

— No puedo acostarme contigo. Gracias.

— ¿Esto es lo que haces? ¿Provocar? —dije comenzando a molestarme.

— Intenta verlo desde un punto de vista ajeno al tuyo—.

—Ángela, en este momento no estoy dispuesto a oír razones, necesito calmarme un poco —dije intentando salir de ese estado primitivo en el que me encontraba—.

— Perdóname.

— No te preocupes, me siento un poco mejor, lo que sucede es que esto es algo nuevo para mí —dije sonriendo; me causó gracia que me pidiera perdón luego de la discusión que tuvimos sobre ese tema—.

— ¿Te imaginas lo que es para una pareja que uno de los dos le haga esto al otro? ¿Qué tal vez siempre lo quisieron, pero no se atrevían a pedirlo por miedo a parecer depravados? ¿Te imaginas lo que es excitarte con el contacto mínimo, o convertir lo que la mayoría cree que es dolor en placer? Son cosas que la gente debe saber, las personas no se atreven a explorar su sexualidad porque creen que es algo sucio, cuando en realidad es lo más natural y puro que poseemos. Lo más real, lo que conecta el cuerpo con la mente.

— Ángela, no debe convencerme. Me ha quedado claro. Muy claro. Se quitó las gafas, puso los codos sobre la mesa y apoyando su rostro sobre sus dedos entrelazados mientras me miraba a los ojos, arrojó la pregunta que me terminaría de confundir.

— ¿Te gustaría ahorcarme mientras me follas?

Me hizo esa pregunta y sentí como si me hubiera abofeteado por tercera vez, solo que esta vez me sentí muy incómodo. Al ver mi expresión pidió la cuenta.

— ¿Tiene material suficiente para su artículo?

— Si

— ¡Estupendo!

— Me gustaría que tú me ahorcaras a mí —le dije sin pensar—.

— Lo imaginé. ¿Me vas a contar tu idea retorcida?

— Ya lo sabes, lo dedujiste cuando me llamaste la atención por faltarte el respeto.

— Te gustó cuando te llamé ignorante, irrespetuoso e idiota —me explicó sonriendo—.

— La imagen que vino a mi cabeza cuando preguntaste por mi idea retorcida fue estar desnudo, arrodillado en el suelo, atado con una serie de complejos nudos y empapado. Quiero que experimente sus teorías conmigo —supliqué.

Llegó la cuenta, ella la miró, pagó, levantó la mano para hacerme callar cuando estaba proponiendo pagar a medias. El garzón agradeció, se retiró e intenté hablar de nuevo. Volvió a mostrarme la palma de su mano y obedecí. Comenzó a hablar pausadamente.

— Lo que acaba de vivir —ya no me tuteaba— es algo simple, pero no deja de ser importante porque es algo nuevo. Sus inclinaciones solamente fueron una coincidencia. Está deslumbrado y excitado porque, además, el

ambiente es muy íntimo entre nosotros en este momento. No es real. Usted y yo no sabemos nada del otro aparte del nombre y lo primero que hay que buscar en una pareja para que funcione es confianza. Es por todo esto que no voy a relacionarme con usted en ningún otro aspecto aparte del profesional. Tenga por seguro que mañana, con la cabeza despejada y fría, verá todo esto como lo que es, una entrevista.

— Tiene razón —dije luego de suspirar para enfriarme.

— Adiós John

— Adiós Ángela

Se puso de pie y se marchó sin mirarme. Esperé a que mi cuerpo volviera a un estado aceptable y me marché.

Decidí hacerle caso a Ángela. Publiqué el artículo en la entrevista, que fue un éxito para nuestra marca y levantó tanto la carrera de Ángela como la mía. La fase experimental de dicha entrevista la guardé para mí.

Ha pasado un año desde entonces. He tenido tres novias y busqué a Ángela en cada una de ellas; por lo mismo todas me dejaron. Abrían mucho los ojos cuando les pedía que me abofetearan. Quería sentir otra vez la espectacular metamorfosis del dolor al placer. Lo hacían, con temor, sin fuerza ni firmeza, con asco.

Comprendí entonces a qué se refería Ángela cuando me hablaba de una relación con buena base y sobre todo, confianza.

Otros seis meses de soledad, hasta que encontré a una compañera, en el momento en el que me estaba rindiendo. Ella no quería nada conmigo y yo solo quería que me sometiera a su voluntad. La electricidad fluía entre nosotros, nos gustábamos mucho, pero ella no quería nada serio. Necesité mucho trabajo, insistencia, paciencia, muchas conversaciones y tiempo para que ella decidiera intentarlo. Fui afortunado, construí una buena base y aprendí a disfrutar completamente de mi sexualidad compartiéndola con mi nueva y flamante novia. Estaba agotado y feliz. Ella me comprendía y yo le era devoto. Funcionábamos muy bien por ser tan distintos.

— ¡Está frío! —exclamé.

— Es necesario —susurró Ángela mientras colocaba geles fríos en mis muñecas para bajar la inflamación que dejaron las cuerdas. Hoy decidimos apretar un poco más. Solo un poco.